
François Pernet

*Algunas cuestiones
ejemplares a propósito
del pastoralismo corso*

Resulta banal decir que la sociedad corsa de hoy presenta caracteres originales dentro de la sociedad francesa. La insularidad, una historia durante mucho tiempo desvinculada de las evoluciones continentales, ha mantenido un conjunto de rasgos particulares, sociales, políticos, culturales que aparecen principalmente en las características, sin equivalencia en el espacio nacional, de las actividades ganaderas. No se niega por ello la influencia determinante de la sociedad global sobre este pastoralismo, tanto en las regiones costeras de la isla donde el turismo y la viticultura industrial se desarrollan directamente bajo la influencia del continente como en el interior de la isla, donde los ingresos, por no tomar más que un indicador sintético, dependen en notables proporciones de instituciones y comportamientos cuyo origen y lógica son continentales.

Resulta que esta combinación que caracteriza la situación corsa de hoy, con sus diferencias y dependencias, es en sí misma original en la sociedad francesa; y debe adoptarse la hipótesis de que se ha producido allí un proceso particular de integración de la isla. Ocurre, en efecto, como si la in-

tegración en la isla hubiera sido más política y administrativa que directamente económica, como si con la ayuda de la presión constante de las poblaciones locales se hubiesen «tolerado» estos particularismos. Las condiciones de rentabilidad de la actividad no han sido juzgadas suficientes a los ojos de los principales agentes del capitalismo nacional, y salvo en algunos puntos que permanecen extraños a la vida regional no hay, con apenas alguna excepción, verdadera integración económica; en consecuencia, no se encuentra ninguno de esos procesos que por todas partes buscan llegar a nivelar las condiciones sociales, políticas y culturales muy diversificadas. Las únicas relaciones de gestión administrativa y de intercambio de mercado dejan subsistir, en la medida en que no estorben, los particularismos de la sociedad corsa; esto, a medida que aumentan su dependencia con su entorno continental, hace que disminuya su vinculación orgánica en todo lo que constituía su tradición.

Así del hecho de la insularidad, como también sin duda por la falta de recursos estratégicos para los crecimientos capitalistas, la integración de Córcega al espacio nacional no se ha producido como la de otras regiones con dinamismos sociales y culturales también poderosos. Sería preciso hablar más bien de cuasi integración, y, como en otras situaciones, de desintegración.

De estas observaciones globales se deduce que las evoluciones del pastoralismo corso no pueden ser dirigidas por las generales de la articulación de Córcega al conjunto del país: en este contexto, el pastoralismo se transforma, se reduce, se aísla; de elemento esencial, a la vez estructurante de la vida tradicional y estructurado por la vida social, se convierte en simple actividad técnica de ganadería, separada de las evoluciones sociales y culturales.

Sin pretender erigir el pastoralismo tradicional en un modelo puro e ideal, definitivamente establecido, es preciso recordar los principales equilibrios y la coherencia a las cuales había llegado a principios de siglo: simbiosis entre agricultura y ganadería de la que cada uno salía reforzado, utilización máxima de todos los recursos del territorio por una población más numerosa que la actual, estrecha articu-

lación entre los procesos técnicos, económicos, familiares y sociales, hasta el punto que la colectividad mantenía un férreo control sobre las condiciones de la actividad individual (acceso a los pastos, modos de utilización, dimensión de los rebaños, etc.), doble adaptación y alternancia que consigue el manejo del rebaño en el espacio cultivado y en sus sub-productos, en el espacio agrícola y en sus diversos recursos «naturales».

La comparación entre lo que era el pastoralismo a principios de siglo y lo que es la ganadería de hoy pone de manifiesto una transformación de la lógica de las actividades productivas, una menor utilización del territorio, la disminución de la población activa rural, la degradación de los sistemas técnicos, económicos y sociales complejos que ya no están en condiciones de reproducirse. Existen recursos, sin embargo, para la ganadería y son concebibles otras técnicas para mejor explotarlos. Como muestran la estadísticas de importaciones, hasta tres veces superiores a las producciones animales interiores, los mercados potenciales son importantes. Si se piensa por otro lado en los proyectos de políticas regionales y en el número de cursos que buscan un empleo, podemos preguntarnos si todas estas cuestiones no pueden resolverse las unas por las otras. Sería veleidoso, sino arriesgado, abordar esta reflexión antes de conocer las profundas fuerzas que han conducido a la transformación del pastoralismo.

1. El pastoralismo en su contexto social

Como se ha dicho, la transformación del pastoralismo se inserta y es el producto de la transformación de la sociedad local en su articulación al espacio nacional. Es necesario recordar, aunque sea brevemente, el peso de las consecuencias de la migración, que se organiza, se institucionaliza, para «crear» en alguna medida los empleos que la no integración impide desarrollar sobre el terreno: el éxodo agrícola y rural, una densidad demográfica tan débil que las condiciones de la vida social mínima se dan raramente en los pequeños pueblos del interior, así como también el hecho de que los emigrados en un gran número retornan para su jubilación,

determina que no se venda la propiedad familiar y que la situación territorial se encuentre congelada para otras utilidades. Constituyen así parte del municipio los que lo habitan permanentemente, poco numerosos en el invierno, como también aquellos que vuelven para pasar sus vacaciones, y los que en él toman su jubilación durante todo el año o sólo durante la buena temporada. Los residentes productivos resultan así cada vez menos numerosos, y la sociedad local es ampliamente el resultado de individuos que viven o han vivido fuera y reflejan preocupaciones profesionales externas.

Aisladas ya por esta evolución, los pastores lo son mucho más todavía por la desaparición de la agricultura. A principios de siglo vivían en estrecha simbiosis con los agricultores; más aún, la actividad pastoral era una de las actividades de la explotación agrícola, complementaria del cultivo, ejercida en el propio seno de la familia ampliada. El rebaño ravalorizaba los barbechos y los subproductos de la agricultura, permitía la fertilización, los productos animales se canjeaban por productos vegetales, los trabajos se realizaban colectivamente en el seno de la familia y de la comunidad aldeana.

Con la desaparición casi total de la agricultura, de las producciones cerealistas en primer término, así como de las arbóreas y hortícolas, el aislamiento no es lo único que fuerza las condiciones de existencia del pastor; obligado a comprar los productos agrícolas que su familia o su círculo inmediato no produce ya, se hace necesaria la venta de los productos ganaderos en los mercados y con ello la inserción en la economía monetaria, que es el principio de la integración en la economía continental.

El pastor depende del exterior y esta dependencia se inserta en la de toda la vida local: el pastoralismo se transforma en una actividad ganadera individualizada.

2. El pastoralismo y el medio rural

En el contexto, demasiado esquemático descrito, de las transformaciones del pastoralismo es preciso añadir el com-

plejo conjunto de causas que se refieren al dinamismo biológico de la cubierta vegetal.

Todas las evaluaciones de los recursos en unidades forrajeras que se proponen concluyen en un déficit global en relación a las necesidades del rebaño. Habría mucho que decir sobre las incertidumbres que pesan tanto sobre la apreciación de los recursos como de las necesidades, retengamos, sin embargo, que la supervivencia del rebaño exige que su alimentación sea completa. Lo más importante es, sin embargo, la gran variabilidad de la importancia del déficit, de un año sobre otro, y de una estación a otra a lo largo del año. Los pastores estiman de manera grosera que un buen año y un mal año enmarcan dos años medios. El peor año es aquel en que no llueve en primavera ni en otoño; la sequía otoñal pone en peligro a los rebaños. A los riesgos de incendio se añaden entonces, estando las madres subalimentadas, las dificultades de los partos, y, consecuentemente, al ser necesario dejar los corderos durante más tiempo con la madre, el retraso del ordeño y de la venta de la leche. Los corderos que alcanzan mal el peso requerido se venden más difícilmente; es preciso prolongar el ordeño durante el mayor tiempo posible, corriendo el riesgo de agotar las madres, en espera de que las lluvias de la primavera siguiente les permitirá retomar su peso. Los pastores que no tienen suficientes reservas para comprar complementos forrajeros, cuyos precios son entonces especulativos, vienen obligados a vender su rebaño en las peores condiciones: es en el otoño cuando se fija la cotización del cordero.

En un año medio, el déficit alimentario no es más que estacional, siempre de mayo a septiembre, y, según los años, de noviembre a febrero: el déficit puede variar entre el 50 y el 70 por 100 de los recursos necesarios para todo el año, si se exceptúa la trashumancia.

El pastoralismo tradicional disponía de diversos medios para compensar el déficit: estrategia de manejo y selección del rebaño, orientadas a conformar animales adaptados al medio antes a adaptar, como es la norma en la ganadería continental, el medio de las cualidades animales; búsqueda del mejor ajuste posible de las necesidades del rebaño a las

disponibilidades forrajeras, período de lactación en correspondencia con el crecimiento de la hierba; valorización de los subproductos y deshechos de la actividad agrícola, de los que una parte estaba disponible en el período bajo del otoño; en fin, gracias a la trashumancia, recursos de montaña que aseguraban la alimentación del rebaño durante la sequía del verano.

Con la ruptura de los principales equilibrios que estructuraba el pastoralismo tradicional, la mayor parte de estos ajustes de los recursos a las necesidades desaparecen o pierden su importancia: los pastores no pueden contar hoy con la ayuda de la agricultura; por otro lado, si la rusticidad de los rebaños se mantiene, los modos de manejo se simplifican mucho, sin duda; parece, por último, de acuerdo con una encuesta de la Dirección Departamental de la Agricultura (DDA), que el número de los rebaños que practican la trashumancia se encuentra en disminución, y, en todo caso, que la trashumancia que deja de estar integrada y sostenida por la vida de toda la comunidad aldeana tiende a no ser sino un simple proceso técnico que implica un modo de vida que cada vez se juzga menos soportable.

Sin embargo, los problemas subsisten; los pastores de hoy deben imaginar otros tipos de ajustes de las necesidades a los recursos. Podemos registrar dos orientaciones que están cargadas de consecuencias: la limitación del número de rebaños y la tendencia a aumentar los cultivos forrajeros, lo que conduce a una integración mayor de la economía pastoral en el sistema económico global.

Ocurre como si los pastores, que cada vez dominan menos la evolución de los recursos, tendiesen a limitar las necesidades: si los efectivos medios de los rebaños parecen aumentar, no hay muy frecuentemente sino un solo rebaño en zonas que albergaban en otro tiempo cinco o seis. La disminución de los efectivos globales corroboran esta tendencia: desde 1970 a 1975, la DDA, estima en un 5,5 por 100 anual la disminución del número de pastores y con ellos del número de rebaños; un cuarto de los que quedan se orientan a disminuir sus efectivos o a abandonar su cría en los tres años próximos. Con el éxodo, los pastores limitan el número de

los rebaños en un perímetro dado en proporción a las cantidades forrajeras mínimas disponibles entre los períodos difíciles de los años medios o malos.

Si los efectivos animales están en proporción a las disponibilidades del otoño, e incluso del invierno, esto significa que los recursos disponibles en la primavera no son consumidos en su totalidad, que la presión del pastoreo resulta insuficiente: tiene lugar entonces, por el clásico proceso de desarrollo de los «rehusos» y de acuerdo con las condiciones ecológicas locales y la pluviometría invernal, el crecimiento del matorral y la rápida extensión de la superficie por él cubierta. En el estado actual de precios y técnicas, el medio más rápido y más económico para reconquistar las superficies cubiertas por matorral es entonces el incendio. Pero el incendio favorece el desarrollo de las especies pirófitas, las menos productivas para el rebaño, de manera que para un rebaño constante la superficie que debe ser reconquistada al matorral aumenta de incendio a incendio.

Se llega así a este encadenamiento ejemplar que es el lógico producto de la confrontación del pastoralismo tradicional a la sociedad global y a su economía, y de las características ecológicas del medio en el que esta confrontación se desarrolla: deterioro de las prácticas trashumantes, desaparición de la agricultura, ajuste de los efectivos animales a los recursos mínimos existentes, extensión de matorral, incendios repetidos, disminución de los recursos forrajeros y un nuevo ajuste en base a la baja de los efectivos animales. El cambio de sentido es radical; en otro tiempo el campesino corso trabajaba el suelo y la vegetación a la medida de sus necesidades, hoy los pastores entran, y con frecuencia son conscientes de ello, en un proceso que acaba con sus intereses; saben que no podrán sobrevivir sino es con la expresa condición de ser cada vez menos numerosos. Pastores y rebaños, formación vegetal del matorral, sociedad global, son los elementos claves de un ecosistema en el que el hombre domina cada vez menos las interdependencias entre su actividad y su medio biológico.

Ciertamente, este ajuste al mínimo de los recursos no es hoy el único medio de adaptar los recursos a las necesida-

des, igualmente existe la posibilidad de adquirir alimentos para el ganado, y, en esta línea, el cultivo de las producciones forrajeras.

3. La integración económica de la ganadería de hoy

Cuando compran dentro de los circuitos monetarios los productos alimentarios que no pueden procurarse mediante el intercambio en la comunidad aldeana que no asegura ya la producción, los pastores deben incluso comprar alimentos para asegurar la supervivencia de su rebaño en los períodos más críticos. Pajas, forrajes o cereales son productos importados del continente en una amplia proporción, a precios que corresponden a las cotizaciones nacionales, gravados además con los gastos de transporte, y en cantidades tan variables de un año a otro, que el mercado se organiza mal y se desarrollan las presiones especulativas.

4. Importación de pajas y henos en quintales

1967	1968	1969	1970	1971	1972	1977
1.258	6.204	6.187	3.212	15.623	3.718	2.028

Sin embargo, esta clásica secuencia, de compras de bienes en los mercados, de producciones de estos bienes, merced a la adquisición de bienes de producción (semillas, abonos, tractores) no da idea de los caracteres propios de la integración en el sistema económico global, de lo que aún hoy permanece del pastoralismo tradicional. El acceso a los mercados supone un ingreso y los ingresos de la ganadería no se constituyen aquí, sino gracias a la revalorización de algunas de las más fuertes características del antiguo sistema pastoril, que subsisten todavía en la actualidad.

Si se asume el riesgo (muy grande por cierto, derivado de la incertidumbre de las estadísticas en general y de las que se refieren a los ingresos de la ganadería en particular) de comparar las rentas obtenidas del rebaño corso con las que les corresponden a las menos malas en el continente, puede avanzarse que las rentas del pastor corso medio —y aquí las

diferencias con relación a la media son todavía más fuertes que en el continente—, como mínimo, comparables a las de las ganaderías continentales. Es necesario, en todo caso, precisar que esta ventaja relativa es consecuencia principalmente de aquellos pastores que aseguran ellos mismos, como en otro tiempo, la transformación de los productos ganaderos (quesos y charcuterías) y de aquellos, que, como consecuencia de la competencia de solicitantes de hierbas en un espacio que se va estrechando, deben pagar caro el alquiler de los pastos necesarios.

Es necesario subrayar, en efecto, de un lado, el carácter paradójico de una ganadería, que aunque todavía ampliamente tradicional es asimismo tan eficaz, bajo el ángulo de los ingresos, como las ganaderías modernizadas del continente, y de otro, la naturaleza de los componentes esenciales de esta eficacia: las del pastoralismo tradicional que han resistido más tiempo, en cierta medida, las más poderosas; el nivel de ingresos del pastor es en función de la valorización que aporta a los productos de la ganadería (la transformación de la leche en queso, permite triplicar como media al valor de la producción lechera), de la minoración de sus costos de producción, de las ventajosas condiciones de la comercialización de sus productos. Con excepción del precio del arrendamiento de pastos, muy variable (mínimo para las zonas de matorral, sólo convenientes para las cabras, máximo en los pastos de corderos si existen demasiados solicitantes), esta ganadería no necesita prácticamente ni capital ni mano de obra asalariada, las únicas compras son las relativas a los alimentos del ganado, variables con la sequía. Así, la actividad pastoril combina una fase de cría cuyo carácter extensivo es el producto de una adaptación a las características del medio y una fase de transformación que implica un trabajo intensivo y corresponde de hecho a las posibilidades que se desprenden del sistema social corso. Ayer los pastores daban salida a su producción en su comunidad aldeana, hoy la comercializan ampliamente y a precios remuneradores cerca de los corsos que han conservado vinculaciones con su aldea de origen, que retornan en sus vacaciones o se hacen remitir envíos a lo largo del año.

Si estos puntos fuertes que aún subsisten del sistema pas-

toril tradicional son el medio de una renta pastoril elevada, son también, por esta vía, un instrumento poderoso de integración del pastoralismo en el sistema económico dominante. El encadenamiento es simple: para hacer frente al déficit forrajero estacional con el ajuste de los efectivos a las disponibilidades, los pastores, en un primer momento, adquieren forrajes y cereales en los mercados, en una segunda etapa y en la medida de las posibilidades territoriales, cultivan las producciones forrajeras necesarias en las tierras arrendadas o compradas. Según la encuesta de la DDA, un tercio de los pastores cultivan cebada o avena forrajera, o mantienen praderas artificiales; son los productores más importantes, puesto que entre ellos aseguran el 63 por 100 de la producción lechera.

En este camino hacia la integración económica se observan varias etapas. Entre los dos tercios de pastores que no cultivan, se encuentran quienes no compran prácticamente nada en los mercados, sea porque no tengan medios suficientes, sea por que disponiendo de pastos muy aislados y suficientes, no tengan necesidad: no pueden en todo caso mantenerse en este aislamiento autárquico más que a condición de no ser sino una categoría marginal de sus efectivos y aceptar un coste social que sus sucesores soportarán cada vez más difícilmente.

En la etapa siguiente, los que compran los complementos forrajeros son cogidos en un engranaje que reposa sobre la situación territorial de la isla. El precio del arrendamiento de los pastos en un contexto de escasez, es función de las relaciones de fuerza y número de los pastores y propietarios del suelo; es decir, que si la renta de la ganadería es función de los costos de producción, será tanto más satisfactoria cuanto más restringido sea el número de los pastores, cuando al mismo tiempo, como se ha visto más adelante, la superficie y la productividad de los pastos tienden a disminuir de manera constante.

Así las dos categorías de pastores son cogidas en una lógica de regresión, haciéndose su reproducción sobre una base constantemente limitada.

Para escapar a estas limitaciones, los que han sabido jugar con las características de la economía pastoril tradicional y acumular un capital monetario suficiente, y pueden encontrar tierras libres a la venta en un contexto territorial inextricable, no tienen otra posibilidad que llegar a la propiedad de las tierras sobre la que asegurar las producciones forrajeras que garantizan la seguridad del rebaño. Comprar la tierra y los medios para cultivarla es aquí, como en otros lados, el primer paso en un engranaje en el que es preciso producir con ventaja para ahorrar y acumular, donde se ve aumentar la productividad, pero también los costos de producción, y donde, acercándose a la racionalidad económica dominante, se tiende a adoptar su sistema técnico.

Es sintomático anotar que en esta situación se tiende a abandonar la producción de quesos esencial en la economía pastoril tradicional: es difícil, salvo que se disponga de una mano de obra asalariada, manejar el rebaño, cultivar la hierba y producir quesos; según la encuesta por sondeo de la DDA, el 70 por 100 de los ganaderos entregan la leche no transformada a Roquefort o a pequeñas empresas privadas; el total de estas entregas alcanzaría el 80 por 100 de la producción total lechera.

Gracias a los medios acumulados en los sistemas productivos que responden aún a la racionalidad tradicional, algunos pasan así a sistemas productivos que pertenecen a la racionalidad económica dominante; los que no han podido hacer este paso se encuentran encerrados en una lógica de regresión.

Observaremos por fin la última etapa (el actual momento) de esta transformación. Algunos pastores llegan a adquirir una explotación agrícola, en el sentido continental del término, respondiendo principalmente a los criterios de la administración.

En las condiciones geomorfológicas de la isla, tales explotaciones se implantan generalmente en los puntos del valle y sobre las superficies llanas de las laderas cultivables, mecanizables e incluso regables. Pueden comprender, en su periferia, pendientes más o menos invadidas de matorral

utilizadas como reserva para las puntas estacionales. El número de tales explotaciones que trasponen los modelos industrializados del continente es muy limitado, tanto porque las superficies con leves pendientes no representan sino una mínima parte del territorio, como en razón de la situación territorial, que hace que las mejores tierras son generalmente las últimas en quedar libres. En esta nueva organización de la ganadería, todas las superficies abandonadas por la antigua agricultura, y ganada por el matorral, dejan de ser verdaderamente utilizadas: la ganadería corsa «moderna» se repliega a algunos puntos favorables del territorio. Esta casi privatización de las mejores tierras que reproduce el esquema de ordenación territorial de la costa oriental, donde en las playas han sido ya ampliamente suprimidas las posibilidades de pastoreo invernal, impide, a los pastores menos avanzados en el proceso de integración, pretender cultivos forrajeros que permitirían satisfacer el déficit alimentario de sus rebaños.

Así, la conexión con la sociedad global conduce al aislamiento del pastoralismo y lo fuerza a integrarse en el sistema económico dominante. Como por otro lado sus elementos más vulnerables tienden a desaparecer, los otros, gracias a una acumulación que se ha formado en el pastoralismo tradicional y gracias a sus caracteres más originales, tienden a alinearse con los modelos técnicos-económicos dominantes. Si bien para cada categoría de pastores el camino hacia la integración tiende a diferenciarse, las perspectivas son una disminución de los efectivos producida por dinanismos sociales y ecológicos más sufridos que dominados. Si esta tendencia se prolongase, la mayor parte del espacio interior de la isla dejaría de ser utilizado.

5. Hacia nuevas perspectivas

A decir verdad, la existencia de recursos no utilizados no es en sí misma una dificultad; puede no haber problema más que en relación a un sistema social determinado. Tanto para la sociedad local como para la colectividad nacional, esta evolución entraña costos económicos y sociales cada vez más pesados: es seguro que el conjunto de los costes del

éxodo agrícola y rural, singularmente elevados en un contexto de subempleo, es también, pese a todo, el coste de un mantenimiento mínimo de los espacios abandonados, y, particularmente el elevado coste de la lucha contra los incendios; es, en definitiva, el conjunto de las frustraciones de las aspiraciones materiales, sociales, culturales de la población local, lo que en un tal contexto no pueden aumentarse.

Lo que hemos dicho muestra la imposibilidad de resucitar las modalidades de utilización del espacio y de los recursos del pastoralismo tradicional, que corresponden orgánicamente a un sistema social que ha desaparecido.

Sería, ciertamente, posible imaginar y poner en práctica nuevas técnicas, nuevos sistemas productivos que permitan mantener el espacio interior y dominar los procesos que llevan a la disminución de los recursos forrajeros disponibles. Un elemental cálculo pone de manifiesto que esto es ya técnicamente posible. Si se estima, de manera muy optimista a fin de simplificar el razonamiento, la ración alimenticia del rebaño durante los seis meses de producción lechera en el doble de la ración de mantenimiento durante el resto del año, si el período productivo del rebaño corresponde al de producción de hierba, del otoño al fin de primavera, sería necesario asegurar una producción de hierba, del otoño al fin de primavera, sería necesario asegurar una producción complementaria de unidades forrajeras igual a la mitad de la que está disponible en la primavera; sabiendo que una pradera artificial abonada e irrigada puede producir diez veces que como pastos naturales, bastaría con cultivar de manera intensiva la décima parte de la mitad, o sea, el 5 por 100 de las superficies explotadas por el rebaño de primavera. No conocemos la superficie total sobre la que podrían hacerse tales cultivos intensivos, pero puede adoptarse la hipótesis de que esta superficie supera el 5 por 100 y que la superficie explotada por el rebaño puede ser aumentada. Deben subrayarse, sin embargo, que tales superficies pueden ser objeto de otras utilidades, arbóreas, cítricas, hortícolas, para las que los ingresos liberados son superiores. Si esta primera orientación se revela difícil o inoportuna, se podría, sobre la base de investigaciones ya avanzadas,

tales como las del Centro de Estudios Fitosociológicos y Ecológicos de Montpellier, por ejemplo, imaginar técnicas que permitan mejorar la productividad de los pastos y dominar la extensión del matorral en estos pastos, o bien técnicas que permitan utilizar el mismo matorral para la alimentación del rebaño.

Por último, si se tienen en cuenta los mercados locales para los productos agrícolas y ganaderos, así como las nuevas aspiraciones de la población de encontrar empleos en la isla con preferencia a en el continente, puede conseguirse un aumento de los empleos en la ganadería.

No obstante, todas estas potencialidades no pueden realizarse sin una profunda transformación del sistema económico y social: ¿Cómo un sistema de tal naturaleza cuya lógica ha empujado al despoblamiento de la isla podría conducir a su repoblamiento? Es en realidad aberrante plantear la cuestión de la utilización de los espacios abandonados por la antigua agricultura, sin decir previamente lo que ha cambiado o lo que debe ser cambiado para que esta cuestión encuentre respuesta.

Si esta condición previa, evidentemente política, fuese resuelta, la respuesta se plantearía en la creación de nuevas relaciones entre el hombre y el medio, en la definición de nuevas funciones de utilización constitutivas de nuevos recursos sociales, en resumen, en la construcción de un nuevo ecosistema. Las categorías de pastores, frecuentemente antagonistas, en las que el proceso de integración los ha diferenciado, los individuos a los que no satisface la vida y el empleo urbano, quienes desean instalarse o reinstalarse en el medio rural, no serían los únicos que ganarían con esta construcción; otras categorías sociales residentes en el exterior o de manera estacionaria en Córcega son igualmente susceptibles de actuar en el territorio.

En ausencia de un proyecto muy voluntarista y claramente expresado, se da idea que este nuevo ecosistema será el producto, en un plazo suficientemente largo, de numerosas combinaciones, de acuerdos y de compromisos, que no podemos prejuzgar a partir sólo de las potencialidades técnicas-económicas hoy considerables.
